

Teatro y educación: reflexiones en torno al Encuentro de Pedagogía Teatral 2013

Juan Campesino

Teatro, artes y educación

La relación entre teatro y educación es sumamente antigua, y en el mundo occidental se remonta a los orígenes de ambos. En la antigua Grecia, el teatro nace ya revestido del carácter moral que lo distinguirá claramente de la épica y la lírica. El mismo aedo, cantor de épicas anterior al advenimiento del teatro, era ya una especie de maestro. En el marco del mayor refinamiento cultural de la Antigüedad, el teatro hereda el sustrato temático y estilístico de la épica y, en menor medida, de la lírica, pero incorpora de inicio ese procedimiento característico de la fábula que consiste en enseñar mediante el ejemplo, y del que deriva una riquísima tradición literaria. En una palabra, y como resultado de su misma naturaleza espacio-temporal, el teatro forma parte de la literatura ejemplar, de ahí que, por más que se recorra su historia de arriba abajo, resulte imposible separarlo de sus cualidades educativas.

Desde esta perspectiva, no obstante, el recuento sistemático de tales cualidades del teatro se antoja una tarea no sólo extensa sino a todas luces imposible, pues habría que referirse a cada uno de los ejemplos en los que el arte teatral ha venido impartiendo su cátedra a lo largo de los siglos; sin duda una labor tan ardua como estéril, en el sentido de que carecería del enfoque orgánico tan caro a las actuales ciencias de la educación, orientadas más que nunca —cuando menos en la teoría— a la formación integral del individuo.

Intencionalmente, en el párrafo anterior comencé hablando de teatro y educación, y acabé refiriéndome al arte teatral y a las ciencias de la educación. “Arte” y “ciencia” son dos palabras de añeja etimología que vienen a conformar el centro de los marcos conceptuales del teatro y de la educación en el transcurso de los últimos 500 años. Es en el punto de confluencia de estos marcos conceptuales donde cobra sentido la noción de educación artística como ciencia relativa a la enseñanza y al aprendizaje de las artes. Y digo 500 años porque las disciplinas que actualmente se

consideran artísticas no llegan a conformar tal catálogo con anterioridad al Renacimiento europeo. De hecho, es a partir de entonces que los significados de las palabras “arte” y “ciencia” comienzan a distinguirse con claridad; no hay que olvidar que, durante toda la Edad Media, las que hoy se consideran disciplinas científicas en sentido duro eran las llamadas artes liberales, agrupadas en el *quadrivium*. Liberales, porque eran propias del hombre libre, que no necesitaba cobrar por su práctica; artes, porque se llevaban a efecto mediante principios metodológicos claros, las más de las veces asentados en tratados y manuales.

Lo que quiero decir con todo esto es que el aspecto científico de la relación entre teatro y educación sale a la luz sólo cuando se identifica el carácter artístico de la poesía, y con ella del teatro, en el sentido que en 1746 Charles Batteux les concediera a las “bellas artes” (*beaux arts*), momento que coincide con los primeros enfoques sistemáticos a propósito de la educación,¹ perfilada ya como ciencia de la enseñanza. Al margen de su transmisión especializada en los ámbitos profesionales o amateurs, en este marco las artes se integran a la educación infantil sostenidas por un principio común: la belleza (su producción y apreciación), principio que, al tiempo que lo contiene, supera por mucho el aspecto técnico de las prácticas disciplinares. Es lo que quiere decir Juan Acha cuando distingue entre educación artística, aquella que se refiere a la capacitación relativa a las disciplinas artísticas, y educación estética, orientada al desarrollo integral de la sensibilidad del individuo desde sus primeros años. Esta última tendería ya sus redes rumbo a lo ético y lo político, dotando al individuo de herramientas para desarrollar a fondo su subjetividad y para desempeñarse favorablemente en los entornos sociales.

El Encuentro de Pedagogía Teatral 2013

Confieso que la primera vez que oí el término *pedagogía teatral* me sonó un poco pedante, como una manera “académica” de referirse a los métodos y técnicas desarrollados para la transmisión del saber teatral en lo que toca a su producción y apreciación. Un poco más tarde, y con más conocimiento sobre el tema, llegó a sonarme como una clase de enseñanza que se manifiesta teatralmente, lo que, en sentido amplio, puede decirse de toda enseñanza transmitida de un maestro (el actor) a uno o varios alumnos (el público), pero también de toda obra de teatro, donde los per-

¹ Me refiero particularmente al *Emilio* de Rousseau y a la labor de los primeros enciclopedistas.

sonajes muestran su vida, su experiencia, al público. Finalmente, el matiz pedagógico, y no simplemente didáctico, me hizo pensar fundamentalmente en los niños. Esta enseñanza de naturaleza teatral no podía ser otra cosa que la misma naturaleza teatral que subyace al aprendizaje de los niños. ¿No nos ha enseñado lo suficiente la escuela activa de De Crolly, de Dewey, de Neill y Freinet, que el interés del niño se dirige a la experiencia; que, en términos estrictamente facultativos, es lo único de lo que en verdad carece? ¿Y no es el teatro, en este sentido, el ejemplo por antonomasia de la experiencia, de la experiencia expuesta en ese laboratorio-taller que llamamos drama, y llamamos escenario?

En esta línea de pensamiento, en 2013 el Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información Teatral Rodolfo Usigli (CITRU) decidió echar a andar una línea de investigación que se ocupara de estudiar la relación del teatro con la formación del individuo en sus primeros años. Lo que se había hecho hasta entonces en el CITRU había tenido que ver más con la didáctica profesionalizante del teatro que con la verdadera pedagogía teatral, de modo que el encuentro proyectado para inaugurar la línea debía enfocarse en el acontecimiento de enseñanza-aprendizaje inherente al trabajo en el aula escolar. No podía tratarse del tradicional congreso con mesas redondas y conferencias magistrales; eso habría sido, a todas luces, antipedagógico. Se decidió, en cambio, ofrecer una serie de talleres, uno para cada nivel de la educación básica y media superior, orientados a la capacitación de profesores especialistas en la impartición de la materia de teatro correspondiente al área de la educación artística, los cuales, como fuimos enterándonos en el transcurso del encuentro, cuentan con muy pocas herramientas de apoyo para su desempeño docente.

Gran parte del éxito del Encuentro —realizado del 20 al 24 de mayo del 2013— tuvo que ver con esta carencia, pero sobre todo con la calidad de los talleristas. En primer lugar, la doctora María Elsa Chapato, de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, cuya experiencia en la formación de profesores supera ya el cuarto de siglo y quien, además de un seminario intensivo sobre la investigación en el campo de la educación artística, y de dos conferencias magistrales relativas a la pedagogía teatral y la enseñanza de las artes en la escuela, se encargó de impartir el taller para profesores de secundaria. Y junto a ella, un reparto nacional a la misma altura: Cristina Barragán, titular de la Dirección de Desarrollo Académico del Centro Nacional de las Artes (Cenart), impartió el taller para educadores de primaria; Rosa María To-

rres, secretaria académica del Posgrado en Educación de la Universidad Pedagógica Nacional, y a la sazón corresponsable de la línea en educación artística desarrollada en colaboración con el Cenart, fue la encargada de orientar a los profesores de bachillerato y, para dar cuenta de los estudios superiores en teatro, la más apropiada fue la trayectoria de Carlos Díaz, por su labor como docente en el Colegio de Literatura Dramática y Teatro de la UNAM y por su experiencia en la organización del Coloquio Nacional de Pedagogía y Arte Teatral de la misma institución. Finalmente, Octavio Rivera, José Ramón Alcántara y Gilberto Guerrero se dieron cita en una mesa de discusión para hablar de los posgrados en materia de teatro a su cargo en la Universidad Veracruzana, la Universidad Iberoamericana y la Escuela Nacional de Teatro, respectivamente.

Las memorias del encuentro

Los avances obtenidos por la experiencia del encuentro quedaron reunidos en un volumen titulado *Memorias del Encuentro de Pedagogía Teatral*, consultable en línea en el portal del CITRU (www.citru.bellasartes.gob.mx, en la sección Publicaciones – Libros electrónicos). El libro da cuenta de la enorme pertinencia que hoy día entraña la relación del arte teatral con las ciencias de la educación, entendidas estas últimas como una serie de disciplinas que se ponen en marcha en el salón de clases y no en el espacio incondicional de las ideas. Dado que soy profesor de secundaria en una escuela privada orientada a las artes, ubicada en un medio rural del interior de la República (imparto la asignatura de lengua y literatura y coordino el área de humanidades), decidí asistir, en calidad de oyente, al taller de María Elsa, en el que, además de su entrañable personalidad y su experiencia en el tema, quedaron de manifiesto su enorme sensibilidad en el trato con los adolescentes y su incansable dedicación al enriquecimiento de una manifestación cultural tan importante como las artes escénicas, en las que reconoce una de sus grandes pasiones como educadora y, también, como artista aficionada. No pude quedar más satisfecho y, al mismo tiempo, motivado con la experiencia pues, para mi sorpresa (considerando el programa propuesto, yo esperaba un curso de carácter eminentemente teórico), el taller se orientó mayoritariamente a las problemáticas a las que, día con día, se enfrentan los profesores en el salón de clases y de las que deviene gran parte de sus inquietudes. En este sentido, se hizo patente la desproporción que suele mediar entre las intenciones pedagógicas y las condiciones reales de trabajo. De manera

paralela a la validez y pertinencia de los programas académicos, se habló de la precariedad de tiempo, recursos y preparación docente, de la escasez de asesores pedagógicos especializados no ya en teatro, sino en educación artística, de la falta de interés y participación por parte de los tutores y padres de familia y, de manera más general, de las características propias de los adolescentes que cursan la secundaria, condicionadas por las distintas realidades socioculturales que los circundan. Asimismo, no faltó quien mencionara las dificultades inherentes al imperativo de evaluar el trabajo de los estudiantes y, sobre todo, el conflicto recurrente que media entre la importancia psicopedagógica del proceso de enseñanza-aprendizaje y las exigencias de presentar, al final de cada ciclo, un producto terminado que satisfaga las expectativas institucionales de los centros educativos.

A diferencia de la secundaria, a la que las artes se incorporan como asignatura oficial a partir de 2006, la educación primaria, cuya reforma integral data de 1993, ya cuenta con un marco didáctico-institucional de mayor desarrollo, lo que se vio reflejado en el taller dirigido a profesores de dicho nivel impartido por Cristina Barragán. Entre otros temas, este curso se enfocó en plantear una guía para aproximarse a la estructura educativa que determina la enseñanza de las artes, y con ellas del teatro, en los primeros años del desarrollo infantil, haciendo hincapié en la importancia de conocer el marco institucional que condiciona la incorporación de las artes a los currículos oficiales y, en especial, de perfeccionar la práctica docente implementando materiales de apoyo como el dispositivo didáctico, la transversalidad y la dupla docente. Por su parte, amén de situar el tema en el ámbito de la educación artística, el taller impartido por Rosa María Torres Hernández a propósito de la pedagogía teatral en el bachillerato se concentró en hacer explícitas las opiniones de los profesores por cuanto a los beneficios y contribuciones que brinda el aprendizaje del teatro a jóvenes y adolescentes, y su enseñanza, a los propios maestros. El resultado fue un trabajo de corte estadístico que, sobre la base de las experiencias reales en el salón de clases, dio cuenta de las consecuencias éticas y epistemológicas del campo en cuestión. Finalmente, las condiciones que enmarcan la enseñanza y el aprendizaje del teatro en las universidades fue el tema de reflexión del taller impartido por Carlos Díaz y orientado a las problemáticas que derivan del carácter profesionalizante de la educación superior. Entre las inquietudes expuestas en él se hallan la diversidad de disciplinas que confluyen en el arte teatral y, por ende, la variedad de enfoques metodológicos que requiere su enseñanza, el pleito casado entre la

teoría y la práctica, que impide que los estudiantes tiendan puentes entre una y otra y, en especial, las cualidades mismas de estos últimos, que llegan a las carreras tras quince años de educación escolarizada a cuestas. De ahí que el de Díaz haya sido un curso incendiario que subrayó la reducción a la que ha sido sometido el cuerpo, principal herramienta de trabajo del teatrista, en el curso de su vida estudiantil y las trabas pedagógicas que de ello resultan.

Expuestas en un panel de discusión hacia el final del encuentro, las reflexiones y conclusiones de los cuatro especialistas y de quienes cursaron los talleres, subrayaron las inquietudes que acompañan la labor del profesor en el aula y que determinan su experiencia tanto personal como profesional y, asimismo, evidenciaron la pertinencia del Encuentro de Pedagogía Teatral en el marco de una comunidad que, desafortunadamente, aún acusa grandes carencias en cuanto a capacitación, normalización y comunicación se refiere. En este sentido, me sorprende la actual carencia, cuando menos en nuestro país, de una agrupación de profesores de teatro que, además de poner en contacto a los docentes de la especialidad mediante una red informativa, se encargue de organizar cursos, seminarios y talleres de actualización y perfeccionamiento, así como de promover actividades comunitarias orientadas al fortalecimiento de la enseñanza y el aprendizaje del teatro en el seno de la sociedad.

Por cuanto a la mesa redonda que dio cierre al encuentro, he de decir que su carácter fue eminentemente informativo, ofreciendo a los asistentes una probada de la oferta educativa disponible a nivel posgrado y de las posibilidades que brinda el teatro, no sólo en el viejo ámbito profesional, sino también en el campo, aún joven, de la investigación teatral. En este panel, los doctores Guerrero, Rivera y Alcántara hablaron de sus experiencias al frente de los programas de maestría de mayor reconocimiento en el área, de los que, en adición, expusieron sus características, antecedentes y objetivos, y sus actuales condiciones de operación.